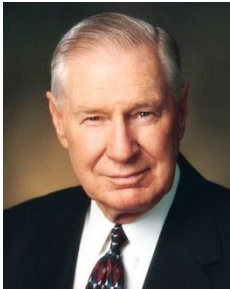


EL LEGADO DE JOSÉ

Élder James E. Faust
Del Consejo de los Doce



Era la mañana del viernes 28 de junio de 1844, y el sol estival ya calentaba ardientemente la tierra de Illinois. Desde las ocho de la mañana, el doctor Willard Richards, Samuel H. Smith, y nueve personas más recorrían lenta y penosamente el polvoriento camino que unía Carthage y Nauvoo, en el estado de Illinois, Estados Unidos, formando un triste cortejo con los dos carros que avanzaban cubiertos de ramas para proteger su carga de los candentes rayos del sol.

Tendidos en dichos carros yacían los cuerpos sin vida de José Smith, de treinta y ocho años de edad, de más de un metro ochenta de altura, y de Hyrum, su hermano, de cuarenta y cuatro años, y aún de mayor estatura que José. Con paso fatigado, el doctor Richards y Samuel Smith, hermano este último de los hombres asesinados, seguían adelante en dirección a Nauvoo, comentando lo acontecido tan sólo el día anterior, cuando José y Hyrum habían sido asesinados a balazos por hombres armados y con el rostro pintado. A las dos víctimas, junto con el doctor Richards y John Taylor, se les había alojado en la cárcel de Carthage, presuntamente para protegerles, cuando un populacho de unos ciento cincuenta a doscientos malhechores tomaron por asalto la cárcel y los mataron a tiros, tal como se habían propuesto.

La noticia del asesinato ya había llegado a Nauvoo, ciudad que entonces era la sede de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Al entrar en la ciudad los carros con su triste carga y los guardias que los acompañaban, millares de personas recibieron el cortejo en medio del más profundo pesar.

Después de llegar a la ciudad, trasladaron delicadamente de los carros a la Mansión de Nauvoo los cuerpos ensangrentados, y los lavaron con todo cuidado de la cabeza a los pies; en seguida, después de taparles las heridas con algodón empapado en alcanfor, hicieron máscaras de sus rostros. A continuación amortajaron los cuerpos con ropa fina y sencilla. Terminada esa preparación, por la noche velaron los cuerpos las desoladas viudas y los hijos de ambos hombres, junto con muchos de sus amigos más cercanos. Al día siguiente, el sábado 29 de junio, más de diez mil acongojados miembros de la Iglesia acudieron a ver los restos de su amado profeta José y del hermano de éste, el patriarca Hyrum. Después, los cuerpos fueron sepultados secretamente con afecto y respeto. (History of the Church, 6:614-31.)

Algunos de los enemigos de José Smith se regocijaron con su obra vil; y muchos de ellos pregonaron que la Iglesia que él había restaurado, y por la cual había dado la vida, moriría con él.

Pero para sorpresa de sus enemigos, la Iglesia no murió, ni tampoco dejó de existir la obra de José Smith después de su muerte temporal. Lo que ha sucedido en

un siglo y medio testifica de un modo convincente de la naturaleza eterna de la obra de este hombre notable. La Iglesia que él restauró ha crecido de un modo extraordinario en muchas partes de la tierra; ha dado origen a un sistema misional sin igual y a un programa de bienestar incomparable. Su sistema de gobierno otorga el poder y la autoridad del sacerdocio a todos los varones que son miembros de ella, y reconoce al mismo tiempo la condición eminente de la mujer, igual a la del varón. La Iglesia cuenta con una ley inspirada de salud y bienestar temporal adelantada para su época. Por revelación de Dios, también posee las llaves, los principios y ordenanzas de salvación que brindarán la posibilidad de exaltación eterna a todo el género humano, esto es, a los vivos y a los muertos.

Por éstas y otras razones, millones de personas han llegado a ser miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Pero cada creyente debe llegar necesariamente a la convicción de que José Smith fue un revelador de la verdad, un Profeta de Dios, y convencerse de que Dios el Padre y su Hijo Jesucristo le aparecieron y lo contorsionaron para que estableciera la Iglesia de Cristo sobre la faz de la tierra.

Yo poseo esa convicción, y es mi humilde deseo daros a conocer algunos puntos que confirman mi testimonio de José Smith y de su obra. Mi propio testimonio es de carácter espiritual, más bien que científico o histórico. No creo que la verdad del Evangelio de Jesucristo, restaurado a la tierra por medio del profeta José Smith y enseñado por todos los profetas que le han sucedido, se pueda comprobar por métodos científicos solamente, ya que debe aceptarse por la fe y comprenderse por el don y el poder de Dios. Por ejemplo, una de las verdades reveladas por José Smith, el 27 de febrero de 1833, enseña de los efectos dañinos del té, el café, el tabaco y las bebidas alcohólicas. En la actualidad, la verdad de esas enseñanzas se puede comprobar científicamente. No obstante, opino que las promesas más importantes que contiene la Palabra de Sabiduría (D. y C. 89) son de naturaleza espiritual, a saber: sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, y que el ángel destructor pasará de quienes la observen, como pasó de los hijos de Israel. (D. y C. 89:19, 21.)

Una de las aportaciones más importantes de José Smith fue la traducción y publicación del Libro de Mormón, un volumen de Escritura Sagrada proveniente de anales antiguos. Cuando se publicó por primera vez en 1830, existía poca o ninguna evidencia científica o histórica que respaldara la declaración de José Smith de que los anales provenían de planchas de metal y que hablaban de civilizaciones antiguas que habitaron el continente americano. Hoy en día se han hecho descubrimientos que evidencian y confirman el hecho de que José Smith dijo la verdad sobre el Libro de Mormón.

Pero también procuramos una confirmación espiritual de nuestra creencia en dicho libro. Durante largo tiempo los críticos han buscado la forma de anular la validez del Libro de Mormón, pero sus intentos han sido en vano. Las teorías que se han planteado sobre su origen han sido muchas, pero el libro sigue existiendo para testificar que Jesús es el Cristo.

Eruditos más objetivos y analíticos han llegado a reconocer que habría sido imposible que un muchacho sin instrucción, como lo fue José Smith, criado en una región rural de los Estados Unidos, en aquella época, escribiera el Libro de Mormón. Este contiene tantos conceptos elevados, tal diversidad de estilos en la forma de escribir, y los libros que lo componen están tan compilados de tal forma que es imposible que una sola persona lo hubiera escrito. El investigador sincero puede, por la fe, llegar a creer que José Smith efectivamente tradujo el Libro de Mormón de los caracteres en egipcio reformado grabados en antiguas planchas de oro. Ninguna teoría que haya objetado seriamente el relato de José Smith concerniente al Libro de Mormón se ha llegado a probar. Las evidencias de un siglo y medio constituyen una afirmación cada vez más categórica de que José Smith dijo la verdad absoluta, sincera y humildemente.

Al exponer mi testimonio de José Smith, reconozco su aspecto humano junto con sus grandes poderes espirituales. El nunca dijo ser divino, ni que fuese hombre perfecto: dijo que era tan sólo un hombre mortal, con sentimientos e imperfecciones humanos, que trataba de cumplir rectamente con la divina misión que le había sido encomendada. En los registros que perduran de sus palabras dirigidas a los miembros de la Iglesia que acababan de arribar a Nauvoo, el 29 de octubre de 1842, se describe a sí mismo de la siguiente manera:

"Les dije que yo no era sino hombre, y no debían esperar que yo fuese perfecto; si exigían la perfección en mí, yo la exigiría en ellos; pero si soportaban mis debilidades y las debilidades de los hermanos, en igual manera yo soportaría sus debilidades." (Enseñanzas del Profeta José Smith, pág. 328.)

No puede menos que impresionarme su franqueza absoluta, pues además de admitir la naturaleza humana de su ser, también hizo constar por escrito las exhortaciones que el Señor le dio, algo así como con amorosa reprensión. Al recibir dichas amonestaciones, a veces con complacencia y a veces con severidad, él las dictaba como el portavoz del Señor a aquellos que transcribían las revelaciones. Un ejemplo de esto se encuentra en Doctrina y Convenios, sección 5, versículo 21:

"Y ahora, mi siervo José, te mando que te arrepientas y camines más rectamente ante mí, y no cedas más a las persuasiones de los hombres."

Si bien José procuró alcanzar la perfección, nunca afirmó poseerla. Si hubiera intentado inventar una gran falsedad, o perpetrar un fraude o engañar, ¿habría sido tan sincero con respecto a su condición humana? Su completa franqueza al admitir los errores humanos y declarar la amorosa disciplina de Dios es prueba potente de su honradez y probidad. Sus declaraciones se mantienen en una base más firme precisamente porque eran exhortaciones en contra de la disposición de la naturaleza humana y de sus propios intereses.

Desde luego, él sabía bien que esa franqueza le haría objeto del odio, la burla y la censura de la gente, y a pesar de ello, proclamó sin reservas la verdad pura. Al comenzar su ministerio estaba preparado para esas vicisitudes de la vida. El ángel Moroni le dijo en 1823, sólo tres años después de su gloriosa visión de Dios el Padre y

de Jesucristo, que su nombre se tomaría para bien y mal entre las naciones, tribus, lenguas y pueblos, y que se hablaría bien y mal de él. (José Smith-Historia 33.) No obstante, la intensidad de la maldad y de la persecución sorprendió al mismo José, llevándole a preguntarse en una ocasión:

"¿Por qué habían de combinarse en mi contra los poderes de las tinieblas? ¿Cuál era el motivo de la oposición y persecución que se desató contra mí casi desde mi infancia?" (José Smith-Historia 20.)

Pero hizo frente a los conflictos, superó las dificultades, y eso lo fortaleció.

No deben exagerarse ni la falibilidad ni los errores humanos de José Smith, ya que sólo son características comunes en todo ser humano. El y su obra contaron con la bendición de Dios. En una ocasión especial, el Señor le dijo:

"De cierto, así te dice el Señor, mi siervo José Smith, estoy bien complacido con tu ofrenda y confesiones que has hecho; porque para este fin te he levantado, para manifestar mi sabiduría por medio de las cosas débiles de la tierra." (D. y C. 124: 1.)

Me conmueve pensar en la clase de gente que llegó a tratar íntimamente a José Smith. Su personalidad era magnética para personas de todas las edades y de toda condición. Muchos de aquellos a quienes inspiró eran sumamente inteligentes, dedicados y talentosos. El valor que éstos pusieron de manifiesto en favor de la obra de José Smith, junto con sus sacrificios, sufrimientos y dedicación, son asombrosos. Al principio, mencioné al doctor Willard Richards, cuya lealtad a José fue tan característica. Antes de que éste fuese a la cárcel de Carthage, dijo al doctor Richards: "Si nos llevan a una celda, ¿irá usted con nosotros?" Y él le respondió: "Hermano José, usted no me pidió que lo acompañara al atravesar el río, tampoco me pidió que viniese a Carthage ni a la cárcel a su lado. . . y ¿piensa usted que yo le abandonaría ahora? Pero sí le diré lo que haré: si le condenan a la horca por traición, yo me dejaré colgar en su lugar, y usted saldrá libre". José le dijo: "No puede hacerlo". El hermano Richards le replicó: "Sí, puedo, y lo haré". (History of the Church, 6:616.)

Después del martirio de José Smith, le sucedió como Profeta Brigham Young, quien se distinguía por ser un hombre práctico y hábil. Este dijo de José Smith lo siguiente:

"Cuando por primera vez lo oí predicar, él unió los cielos y la tierra; y todos los sacerdotes de esa época nada me podían decir que fuera correcto en cuanto al cielo, el infierno, Dios, ángeles o diablos; eran tan ciegos. . . Cuando vi a José Smith, él tomó los cielos, hablando en sentido figurado, y los y la elevó; y descubrió, con claridad bajó hasta la tierra; y tomó la tierra

Y sencillez, las cosas de Dios. Esa es la belleza de su misión." (Discourses of Brigham Young, pág. 458.)

Los resultados de siglo y medio de la historia de esta Iglesia dan fe de la veracidad del relato de José Smith. La obra de la Iglesia sigue adelante de un modo prodigioso. La mayoría de los Santos de los Últimos Días siguen fieles a sus testimonios

personales de la autenticidad del llamamiento de José Smith y de su obra. Desde la época del Profeta, millones de personas han aceptado por la fe y con la confirmación personal del Espíritu Santo, que es verdad que José vio al Padre y al Hijo, y que él restauró a la tierra el Evangelio puro de Jesucristo.

Con el paso de los años, desde la vida y muerte de José, su historia ha sido y será sin duda analizada, criticada, refutada y examinada; pero las evidencias de la veracidad de sus declaraciones continuarán en aumento. Tanto la devoción como la dedicación de aquellos que acepten el evangelio restaurado seguirán siendo duramente probadas, y su fe será sometida a penosas pruebas, como lo han experimentado muchos en lo pasado. Pero así como José, millones vivirán y morirán fieles al evangelio restaurado. Al transcurrir los años, la importancia de José Smith irá adquiriendo cada vez mayor relieve, elevándose más y más en la opinión de la humanidad. Y muchos llegarán a una profunda convicción, como la que yo tengo, de que existe una fuente divina de donde proviene el mensaje que él enseñó y un propósito eterno en la obra que él

Hay en mi familia un legado, por restauró a la tierra. decirlo así, del testimonio concerniente a la veracidad de la obra de José Smith, del cual me enteré de niño, sentado en el regazo de mi madre. Mi tatarabuelo, Edward Partridge, tuvo una estrecha amistad con el profeta José durante muchos años antes de que éste perdiera la vida como consecuencia de la persecución. (History of the Church, 4:132.) El fue bautizado por José. En una revelación recibida por el Profeta, Edward Partridge fue llamado como el primer Obispo de la Iglesia restaurada. (D. y C. 41:9.)

Mi tatarabuelo fue atormentado y humillado y sufrió muchísimo en su llamamiento por las desenfrenadas turbas de malhechores, pero siguió tan firme y fiel que es imposible suponer que haya dudado de la autenticidad de la revelación que le llamó a ese cargo. Al igual que otras personas que conocieron de cerca al Profeta, él conoció el corazón y el alma de José, y no pudo en modo alguno haber sido engañado; y creo que su vida y su muerte prueban que no mintió. Su devoción, su sufrimiento y su sacrificio testifican elocuentemente de que tenía una fe absoluta en el Profeta como siervo inspirado de Dios.

Además de este conocimiento transmitido en mi familia, cuento con mi propio testimonio que confirma a mi alma que el profeta José Smith, como instrumento en las manos de Dios, reveló las más grandes verdades que han llegado a los hombres desde que el Salvador mismo anduvo sobre la tierra.

Lo que se ha enseñado desde este púlpito durante los dos últimos días es una prolongación del legado de verdad que el profeta José Smith nos dejó a todos y que se va extendiendo más y más. Esa verdad fue manifestada para salvar y e altar al género humano, bajo la dirección del Señor Jesucristo. De ello testifico con profunda gratitud, en el nombre del Cristo resucitado. Amén.